

A un lado los ritmos diarios. La interrupción es la nueva rutina.

Al comenzar la maternidad en medio de una pandemia, intento encontrar la gracia de Dios en la agitación.

RUTH MOON MARI|6 DE ENERO DE 2022.

Mis amigos han pasado las últimas semanas haciendo borrón y cuenta nueva, quemando reliquias de 2021 y fijando objetivos para 2022 en previsión del nuevo año. Y aunque las redes sociales hacen que estos rituales parezcan perfectos, muchos de ellos implicaban adaptaciones frustradas y de última hora provocadas por la variante omicron de COVID-19, que sigue asomando su persistente cabeza justo cuando parece que hemos pasado colectivamente lo peor de la pandemia.

En resumen, dejando a un lado los rituales, parece que todos llegamos a 2022 cojeando, cansados y agotados. Mis propios planes para un eficiente desenlace de 2021 y un reflexivo y pacífico comienzo de 2022 se han visto completamente interrumpidos.

Esto es lo que esperaba que ocurriera: Terminaría las revisiones del libro el 15 de diciembre y entregaría un hermoso manuscrito a mi editor a tiempo para tomarme unas vacaciones y prepararme para la llegada de mi primer hijo, prevista para finales de enero. Mi esposo y yo reorganizaríamos la casa, convertiríamos mi despacho en la habitación del bebé y limpiaríamos todo a fondo. Terminaría una manta de bebé y me plantearía cómo cambiaría mi vida el próximo año. Tomaría chocolate caliente y comería galletas de Navidad.

Así es como van las cosas en realidad: Después de darme cuenta de que terminar la edición del libro durante las responsabilidades de fin de semestre era una quimera, conseguí una prórroga con planes de presentarlo a principios de enero. Después de revisar el plan del libro, el bebé también revisó su plan: El médico me informó de que quería inducir el parto tres semanas antes de lo previsto (lo que, si estás contando, sitúa la llegada del bebé también a principios de enero).

La habitación del bebé es también mi despacho y, por tanto, un caos de libros, papeles y cosas de bebé. Terminé la manta del bebé, y es preciosa,

pero luego la lavé y me enteré de que el tinte azul mancha por todas partes, así que estoy emprendiendo una misión de rescate. Ah, ¿y chocolate caliente y galletas de Navidad? Ni hablar, gracias a la diabetes gestacional.

En resumen, nada del final de 2021 fue como la seda, y la pizarra en blanco de 2022 es, en el mejor de los casos, una fantasía. No estoy preparada para dar la bienvenida a un nuevo año con reflexión y paz. Por el contrario, estoy anunciando 2022 con una caótica cacofonía de lo viejo y lo nuevo, restauración y clasificación.

Mi estrés es menor comparado con el que sufren muchas personas. Mi embarazo se produce tras años de infertilidad y tratamientos de fertilidad, pero tengo amigas con experiencias similares cuyas historias no se han cerrado con un bebé. El manuscrito del libro que actualmente me causa desdicha nace de un trabajo en un campo que me encanta y que me concede tiempo para pensar y escribir con regularidad.

Y, sin embargo, sigo estresada, y estoy bastante segura de que Dios - siendo Dios- tiene una lección para mí en algún lugar de este lío.

En su blog, Lore Ferguson Wilbert **escribió** sobre aprender a "entrar en la alegría que Dios tiene para mí y para mi casa" abrazando "el regalo que me ha dado en lugar del regalo que no me ha dado". Creo que lo mismo puede decirse de nuestras pruebas: ¿Qué puedo aprender de mis propias interrupciones, cuando la vida no va como la había planeado?

La vida ordenada y compartimentada que había imaginado -en la que termino un proyecto, limpio y me preparo para el siguiente- se ve alterada incluso antes de que llegue el bebé. Las ilusiones de orden y control que mantengo no son más que eso: ilusiones. Y a medida que la ilusión se desvanece, encuentro la gracia en mi mente.

Me cautiva especialmente la forma en que Frederick Buechner **habla de la gracia** en su libro *Wishful Thinking* (Pensamiento ilusorio): "La gracia es algo que nunca se puede obtener, sino que sólo se puede dar. No hay forma de ganársela, merecerla o conseguirla. ... La gracia de Dios significa algo así como ... 'Aquí está el mundo. Sucederán cosas bellas y terribles. No tengan miedo. Yo estoy con ustedes'".

Todo este proceso -preparar un bebé y dar la bienvenida al nuevo año mientras las tareas del anterior aún no han terminado- revela la gracia: un don que se me concede, pero no en mi calendario. He esperado y deseado estas cosas y estoy ansiosa por que lleguen, pero también son un inconveniente. No llegan según mi calendario y me recuerdan constantemente que no tengo el control.

Esto es paralelo a la forma en que estoy aprendiendo a escuchar a Dios. La poetisa Mary Karr imagina la **voz de Dios** como una que:

... nunca

complace, no ofrece un plan quinquenal,

ninguna solución a largo plazo, ningún decreto de una nublada

barba blanca enganchada a las orejas.

En cambio, esta voz -en la imaginación de Karr- susurra desde el suelo, llegando a través de los espacios inesperados de las alcantarillas. Sugiere que la gracia -una cura para "lo que te pasa"- puede encontrarse, no en la magia, ni en ganar la lotería, ni siquiera en un plan claro a cinco años, sino a través de lo mundano: un baño caliente y un bocadillo, por ejemplo.

Mientras cierro 2021 y entro en 2022, sigo el ejemplo de Karr. Estoy aprendiendo a buscar la gracia en la mancha azul que se filtra lentamente de mi edredón al agua de la bañera donde se está empapando. Busco la gracia en la capacidad de convertir dos pasajes mediocres del borrador de mi libro en un buen párrafo. Practico recordando que, aunque es casi seguro que el pequeño ser humano que esperamos no llegará en mi fecha prevista y que no estamos preparados, no deja de ser la gracia de Dios.

*Ruth Moon Mari es profesora adjunta de medios de comunicación y asuntos públicos en la Universidad Estatal de Luisiana. Su primer libro, **Authoritarian Journalism: Controlling the Press in Post-Genocide Rwanda**, (Periodismo Autoritario: El Control de la Prensa en la Ruanda Post-Genocidio) está bajo contrato con Oxford University Press.*

Traducido por: Elizabeth Guevara Cabrera.